

Bibliografía

Recensiones

ÍNDICE

N. FERNÁNDEZ MARCOS, *Septuaginta* (I. Carbajosa: 329-333). M. LANGLOIS, *Le premier manuscrit du Livre d'Hénoch* (A. Piñero: 333-335). M. GÓMEZ ARANDA, *Dos comentarios de Abraham Ibn Ezra al libro de Ester* (A. Salvatierra: 335-337). J.A. FITZMYER, *The Interpretation of Scripture* (J.M. Sánchez Caro: 338-341). J. TOLENTINO MENDONÇA, *A leitura infinita* (C. Granados: 342-343). I. HIMBAZA - A. SCHENKER - J.-B. ÉDART, *Clarifications sur l'homosexualité dans la Bible* (J. Atkinson: 343-348). TH. RÖMER (ed.), *The Books of Leviticus and Numbers* (F. Varo: 349-351). G. PAPOLA, *L'alleanza di Moab* (E. Sanz Giménez-Rico: 351-353). J. DELORME, *L'heureuse annonce selon Marc* (S. Villota Herrero: 353-355). J.J. KILGALLEN, *Twenty Parables of Jesus in the Gospel of Luke* (R. O'Toole: 355-357). J. CAZEAUX, *Les Actes des Apôtres* (E. Mena Salas: 357-359). A. CASALEGNO, "Perché contemplino la mia gloria" (*Gv 17,24*) (D. Muñoz León: 359-360). J. LUZÁRRAGA, *El Evangelio de Juan en las versiones siríacas* (C.E. Morrison: 361-363).

Natalio FERNÁNDEZ MARCOS, *Septuaginta*. La Biblia griega de judíos y cristianos (Biblioteca de Estudios Bíblicos Minor 12; Sígueme, Salamanca 2008) 157 pp. ISBN: 978-84-301-1689-8. € 12,00

El nombre de Fernández Marcos es bien conocido por los estudiosos de la Septuaginta y, en general, de la crítica textual del Antiguo Testamento (AT). Su *Introducción a las versiones griegas de la Biblia* (que conoce ya su segunda edición: Madrid 1998) se convirtió rápidamente en una de las obras de consulta obligatoria para los especialistas de la Biblia griega y signo de ello es que fue traducida muy pronto al inglés.

La primera pregunta que surge ante este nuevo libro de Fernández Marcos sobre la Septuaginta se refiere precisamente a su relación con el anterior. Ya el aspecto exterior nos adelanta una respuesta: se trata de una pequeña obra, en el formato *Minor* de la colección "Biblioteca de Estudios Bíblicos", compuesta por 157 páginas. Si la *Introducción* era una obra para especialistas, ésta se presenta como una obra divulgativa, amena, fácil de leer, a la que, sin embargo, no le faltan el rigor y los

datos. Ya el autor adelanta en el *prólogo* que se dará por satisfecho “si este ensayo *minor* contribuye a despertar el interés del lector no especializado por esta Biblia plural”, a la vez que espera que “pueda ser de utilidad para los estudiantes, teólogos, filólogos e historiadores de la Antigüedad” (12). Por otro lado, este ensayo presenta algunas orientaciones que le otorgan personalidad propia. Quizá la más importante es la que se refiere a la insistencia en la recepción cristiana, y en general de Occidente, de la Biblia griega. Así lo dirá explícitamente el autor en el *epílogo*: “He escrito esta breve introducción a la Septuaginta insistiendo en su recepción por los primeros cristianos, los autores del Nuevo Testamento [NT] y los Padres de la Iglesia” (151).

Entre las ventajas de esta pequeña obra está la de contar con una “bibliografía complementaria” al final de cada capítulo, lo que abre al lector no especialista nuevos caminos para profundizar en los temas de su interés.

El primer capítulo, “Una Biblia judía que heredan los cristianos”, entra de lleno en aquel aspecto de la versión griega que la hace absolutamente única y que marca su naturaleza: una traducción hecha por los judíos que acaba convirtiéndose en la Biblia “oficial” de los primeros cristianos. Como apéndice se ofrece una sinopsis de los libros de la Biblia hebrea y de la Biblia griega que nos permite ver el número de libros que contienen una y otra y el orden en el que están colocados.

El segundo capítulo, “Los orígenes. Entre el mito y la realidad”, se detiene a estudiar los datos que nos han llegado sobre los primeros pasos de esta versión griega, fundamentalmente la Carta de Aristeas, su relación con la biblioteca de Alejandría y con la comunidad judía de aquella ciudad.

El tercer capítulo, “Cronología y proceso de traducción”, nos recuerda que la versión griega no fue una obra homogénea sino que se tradujo primero la Ley y sólo más tarde el resto de libros. El autor ofrece un panorama de fechas y lugares de traducción para cada libro, afrontando además la cuestión del original hebreo o arameo de los llamados deuterocanónicos. Más allá de la leyenda, y partiendo del análisis literario y filológico del mismo texto, Fernández Marcos presenta las diferentes hipótesis sobre los traductores de la Septuaginta y sobre su intención. Afronta también la cuestión del “canon alejandrino”, tan discutida desde que A. C. Sundberg pusiera en duda la hipótesis clásica de un canon largo para el judaísmo heleno. Esta es una problemática que debería ir de la mano de una reflexión sobre la noción de canon en una cultura (siglos II a.C. - I d.C.) en la que el códice (que ya es capaz de “encerrar” un determinado número de libros, con un determinado orden) todavía no se usa.

Los tres capítulos siguientes afrontan las cuestiones textuales en sentido estricto. La primera de ellas es la relación entre la traducción griega y el texto hebreo de partida (capítulo cuarto). Aunque la misma Carta de Aristeas testimonia un intento lógico de la comunidad judía helena de garantizar la naturaleza inspirada de la traducción, y por ello su carácter divino, ya desde muy temprano la versión griega conoció revisiones tendentes a acercar el texto al original hebreo. Fueron precisamente las diferencias con el texto de partida lo que provocó, a partir del uso que los cristianos hacían de la Septuaginta, la aparición de nuevas traducciones y el abandono definitivo por parte del judaísmo de la versión de los LXX. La cuestión de la inspiración

de la versión griega se ha reabierto en la segunda mitad del siglo XX, en un debate liderado por la escuela dominica (Benoit, Barthélemy, Schenker) y en el que han intervenido otros autores relevantes, sobre todo franceses (Auvray, Grelot).

La cuestión de la transmisión cristiana, y de las recensiones que provoca, ocupa el quinto capítulo, mientras que el sexto se concentra en el impacto que los descubrimientos del desierto de Judá (Qumrán y Nahal Hever) tuvieron sobre los estudios de la Septuaginta. La importancia de estos descubrimientos no estriba únicamente en el valor que para la crítica textual de los LXX tiene la aparición de manuscritos griegos anteriores al siglo I d.C. (que en algunos casos testimonian una labor de revisión muy temprana). La presencia en las cuevas de Qumrán de manuscritos hebreos con un tipo de texto que se aproxima a la *Vorlage* de algunos libros de la Septuaginta (Samuel, Jeremías) ha sido decisiva para confirmar lo que antes sólo era una sospecha: en muchas ocasiones las diferencias entre la traducción griega y el texto masorético se deben a que la primera traduce un texto hebreo en parte diferente al que hasta ahora teníamos. Por otro lado han salido a la luz los originales hebreos o arameos de algunos libros que sólo se conservaban en griego (Sirácida, Tobit, Sal 151).

Los siguientes tres capítulos se ocupan de la recepción cristiana de la versión griega. El capítulo séptimo presenta el uso que el NT hace de las Escrituras griegas. Es bien sabido que los primeros escritos cristianos citan con frecuencia el AT siguiendo, en la mayoría de los casos, la versión de los LXX. La misma lengua de esta traducción influye sobre el NT, que, además, en muchas ocasiones construye sus relatos inspirado en pasajes de la Septuaginta (94-96).

El capítulo octavo subraya la importancia de la Septuaginta para los orígenes del cristianismo. La expansión de la primera Iglesia por el Mediterráneo, cuya lengua franca era el griego, contó desde el principio con un instrumento misionero de primer orden: una traducción de las Sagradas Escrituras de Israel a la lengua "internacional". Su importancia se ve por el hecho de que, con excepción de la Vulgata (latín) y de la Peshitta (siríaco), las traducciones cristianas del AT a otras lenguas, acompañando la expansión del cristianismo, se hicieron desde el griego de los LXX.

El bloque dedicado a la recepción cristiana lo cierra el capítulo noveno, que presenta el uso que los Padres de la Iglesia hacen de la Septuaginta como base de su exégesis. El último capítulo, "La Biblia Griega en sus textos", se presenta como una especie de guía técnica con información sobre los principales manuscritos y ediciones impresas (incluidas ediciones críticas modernas) de la versión griega. Especialmente interesante es la información que presenta sobre las traducciones a las lenguas modernas, algunas recién culminadas, otras en proceso. Fernández Marcos hace un repaso por los criterios que guían las diferentes traducciones (francesa, inglesa, alemana e italiana) y presenta por último el proyecto que él mismo lidera desde el CSIC: la traducción de la Septuaginta al español. Se trata de un ambicioso proyecto que merece el aplauso de los estudiosos y que acaba de ver su primer fruto: el Pentateuco (ed. Sígueme; Salamanca 2008). Un breve epílogo ("El legado del judaísmo helenístico") cierra el libro en una especie de *inclusión* con el primer capítulo: si la Septua-

ginta llega a convertirse en la Biblia por antonomasia de los cristianos, no podemos olvidar que es una herencia de un cierto tipo de judaísmo, el griego.

Siendo ésta una obra de divulgación, presenta, sin embargo, algunas de las cuestiones más debatidas en la actualidad entre los especialistas. Quisiera concluir esta recensión ofreciendo cinco breves reflexiones acerca de otras cinco cuestiones abiertas que afronta Fernández Marcos. La primera se refiere al orden de los libros en la Septuaginta (capítulo primero): la Biblia griega colocaría los libros proféticos en último lugar como pórtico de los cuatro evangelios. Esta cuestión se está convirtiendo en un *lugar común* que no debería ser exagerado, visto que sólo uno de los tres códices más antiguos que contienen el texto griego del Antiguo y el Nuevo Testamento (*Codex Vaticanus*) testimonia el orden hipotéticamente “cristiano”, el que, de hecho, se impondría a través del orden de la Vulgata latina y el que aparece en las principales ediciones críticas de la Septuaginta. La segunda cuestión se refiere a la corriente que subraya que los relatos del NT se han construido a partir de pasajes de la Septuaginta (capítulo séptimo). Tampoco en este caso conviene exagerar: el recurso a la Escritura no era para los autores del NT un juego literario sino una cuestión teológica relevante basada en un hecho; el acontecimiento de Jesucristo (del que dan testimonio) se presenta como cumplimiento del AT.

Una tercera cuestión debatida que no debe cerrarse precipitadamente es la de los semitismos en el NT. Considerarlos como simples “septuagintismos nacidos del deseo de imitar la lengua de la Septuaginta” (95) no parece hacer justicia a todos los factores implicados en este debate. La cuarta cuestión gira en torno a la afirmación clásica de que la Septuaginta se convirtió en la “Biblia oficial de la Iglesia” (99, 101): siguiendo el reclamo de S. Brock que reivindica la Iglesia siríaca como “tercer pulmón” de la cristiandad (partiendo de la imagen del Papa Juan Pablo II que hablaba de Oriente –griego– y Occidente –latino– como los dos pulmones con los que respira la Iglesia), habría que reconocer que en aquella Iglesia de lengua semita en la que llegarán a florecer Afraates y S. Efrén, la Biblia oficial, ya desde el siglo II, no era la Septuaginta sino la Peshitta, traducida directamente desde el hebreo.

Por último, quiero referirme al debate en torno a la inspiración de los LXX (capítulo cuarto). Las opciones textuales que el NT toma a la hora de construir su teología (muchas de ellas basadas en la forma de los LXX, diferente de la del Texto Masorético) hacen que este debate, aún abierto, no sea en absoluto superfluo. Pensemos simplemente cómo la Carta a los Hebreos (10,5-7) presenta la entrada de Cristo en el mundo en diálogo con el Padre a partir del Salmo 40 según la versión griega: “Tú no quieres sacrificio ni ofrenda, pero me has preparado un cuerpo”. El Texto Masorético hebreo lee en la segunda parte “me has abierto el oído”. Es necesaria una reflexión detenida sobre el papel (¿autorizado?) del NT a la hora de “canonizar” algunas formas textuales del AT. Esta cuestión, para ser fecunda, debería retomar el debate clásico que ya plantearon Jerónimo y Agustín entre dos principios enfrentados: la tensión hacia la *Hebraica Veritas* y la tensión hacia la *apostolicidad de los LXX*.

Sea bienvenida, en resumen, esta *invitación* a la Septuaginta, sintética y a la vez llena de información, fácil de leer y a la vez rigurosa, que hará más sencilla la in-

roducción de estudiantes y de público en general en uno de los tesoros más fascinantes y menos conocidos de la cultura occidental.

Ignacio CARBAJOSA Facultad de Teología San Dámaso. Jerte 10. E-28005 Madrid

Michaël LANGLOIS, *Le premier manuscrit du Livre d'Hénoch. Étude épigraphique et philologique des fragments araméens de 4Q201 à Qumrán* (Préface par André Lemaire) (Lectio Divina, hors série; Cerf; Paris 2008) 605 pp. ISBN: 978-2-204-08692-9. € 44,00

El libro presente es una soberbia edición de los numerosos, pero muy pequeños, fragmentos arameos atribuidos al códice 4Q201 de Qumrán. La presentación del texto va unida a un estudio lingüístico del estado de lengua, aramea, que muestra el códice: fonología, lexicografía, morfosintaxis y sintaxis. El conjunto lleva a un intento logrado de datación, tanto del códice en sí (de mediados del siglo II a.C.) como del texto que contiene, que es indudablemente anterior: del siglo III a.C. La fecha propuesta me parece muy razonable y está de acuerdo con la opinión general de la investigación precedente.

El trabajo de Langlois tiene en cuenta, aunque sin el propósito expreso de basarse en ellos, dos trabajos previos del anterior editor del texto, Josef Tadeusz Milik: "Henoch au pays des aromates (ch. XXVII à XXXII): fragments araméens de la grotte 4 de Qumrán", *Revue Biblique* 65 (1958) 70-77; y sobre todo su edición fundamental de 1976, *The Books of Enoch: Aramaic Fragments of Qumran Cave 4*. With the Collaboration of Matthew Black (Clarendon Press, Oxford), la utilizada, por ejemplo, como base para su traducción por Florentino García Martínez, (*Textos de Qumrán*, Trotta, Madrid, 1ª edición de 1992 con múltiples reediciones).

Langlois justifica la necesidad de una nueva edición de los fragmentos arameos, debido a que la edición de Milik recibió un buen número de críticas en su momento. Langlois confirma en líneas generales el buen trabajo de su predecesor, pero su nueva edición queda plenamente justificada puesto que el número de nuevas lecturas es aproximadamente de un centenar.

Además, el análisis filológico comparado de los testigos griegos del texto henóquico (5, entre los que destaca -para la parte que cubre los fragmentos estudiados- la *Cronografía* de Jorge Syncello) y etiópicas (49 manuscritos) le ofrece la oportunidad al autor de presentar nuevas propuestas de lectura e interpretación muy razonadas y verosímiles.

Adelanto ya mi opinión al conjunto de la obra: la edición de Langlois está tan bien realizada, cuenta con medios tan eficaces y modernos – como la digitalización del texto de los fragmentos, las fotografías aumentadas hasta límites notables, la lec-